

cunstancias de dañar el enemigo ó de frustrarle sus intentos, no pudiera atribuirse á falta nuestra.»

»Lanfrey pudo enterarse de la actitud de Gravina durante la campaña marítima de 1805 y no lo hizo sin duda alguna para que Villeneuve no resul-

tara una víctima napoleónica, nosotros que aceptamos el criterio de Lanfrey no hemos de ocultar hasta que punto Villeneuve es la víctima de sus propias obras. Esto dicho, continuemos todavía con Lanfrey la historia de la campaña marítima.»



NELSON

Mientras el desgraciado Villeneuve, cediendo á inspiraciones poco heroicas pero prudentes y sensatas, retardaba la hora de la destrucción de nuestra marina, con la certitud de no tener por recompensa más que los reproches del más exigente de los amos, Napoleon estaba de observación en las playas de Boulogne, fija su mirada en el punto del horizonte en donde esperaba de un momento á otro ver aparecer su armada victoriosa, pasando por to-

das las agitaciones del temor y de la esperanza, sufriendo con el corazón lleno de cólera el tormento que era menos capaz de soportar, el de la incertidumbre.

Hacia mucho tiempo que todo estaba pronto en Bolonia y en los puertos vecinos. La numerosa flotilla no esperaba más que una señal, las tropas ensayaban cada día sus maniobras de embarque. Gauteaume había recibido la orden de anclar en la rada



de Bertheaume para poder operar más fácilmente su salida. Napoleon no conoció el encuentro de cabo Finisterre hasta el 7 de Agosto; aún cuando estaba muy descontento de Villeneuve le escribió para alentarle: «Compareced aquí tan sólo veinticuatro horas y habréis llenado vuestra misión,»—13 de Agosto de 1805.—Algunos días más tarde, el día 22 de Agosto, había leído una carta en la cual Villeneuve expresaba á Decres sus perplejidades al abandonar el Ferrol y su lectura le había

exasperado. «Me parece, escribió al ministro de Marina, que Villeneuve no tiene el carácter necesario para mandar una fragata.» En su consecuencia quería retirarle el mando y dársele de nuevo á Gauteaume.

Por otra parte no tenía idea alguna exacta de la situación real de las cosas, así negaba sin fundamento alguno la unión de Nelson con Calder y Cornwallis, afirmando como lo hacían los diarios ingleses que Nelson hubo de partir para las islas Canarias. Sin embargo, todavía creía que Villeneu-



LORD COLLINGWOOD



ve marchaba para Brest, y esta persuasión le mandó á dicha ciudad una carta en la que se leen las siguientes líneas: «Señor vicealmirante; espero que habréis llegado á Brest. Partid sin perder un momento, y con nuestras escuadras reunidas, presentaos en la Mancha. Inglaterra es nuestra.»—22 de Agosto de 1805.

Esta ilusión fué prontamente disipada, y Decres que tenía la misma opinión que Villeneuve acerca del resultado en definitiva desastroso de la tentativa sobre el canal de la Mancha, pero que no se había atrevido á decir jamás á Napoleon su pensamiento entero, decidióse en fin á hacerle ver la verdad aunque con mil salvedades, con una completa franqueza. Según él, esta empresa no podía producir más que grandes males, y si la armada había marchado

á Cádiz, era necesario considerar esto como un decreto del destino; era imprescindible volver al principio de una guerra marítima compatible con lo mediocre de los recursos de que se podían disponer, dejando á un lado esas operaciones gigantescas de una ejecución casi imposible hasta con marinos consumados, y hacer á Inglaterra una guerra de detalle.

Así todos los hombres eminentes que habían sido los principales cooperadores de Napoleon en esta colosal empresa eran en el fondo de la misma opinión acerca de sus probables resultados, pues, Gauteaume pensaba como Decres y Gravina, de quien decía Napoleon: «ese animal de Gravina que era todo genio y fuego en los combates» pensaba como Villeneuve.

Ese desgraciado almirante había, sin embargo, prestado un verdadero servicio á Francia conservándole su marina, «que se hubiera perdido de marchar contra Brest,» y en segundo lugar le prestó todavía un servicio más grande haciendo que fracasara esta loca expedición de Inglaterra, que iba á privar á Francia de su sólo ejército en el momento mismo que ya marchaban contra ella las tropas de Austria y de Rusia. Pero esta conducta prudente y tan conforme á la sazón con la inferioridad de la marina franco-española, hirió en sus más queridas ilusiones su intratable orgullo, que ya soñaba con la conquista del mundo y que no podía sufrir que se le enseñasen los límites de su poder. Así al volver á los verdaderos principios de la guerra marítima, por lo menos en las condiciones dadas de la situación, es decir, renunciando á las grandes concentraciones por obrar por escuadras separadas como Decres y Gauteaume y todos sus almirantes no habían cesado jamás de aconsejarle, Napoleon llevaba en su alma un resentimiento mortal contra el hombre que le había impuesto ese partido como una ley misma de la necesidad.

En Villeneuve detestaba la demostración viva de su largo error, de su obstinada pretensión de la inanidad de sus tan ponderados planes. Villeneuve personificaba en cierto modo el fracaso más sensible que hasta entonces le hubiese causado la fortuna. Aparentaba creer que la falta de valor; y aún la traición, había sólo impedido que llenara su misión un oficial cuya bravura personal estaba fuera de toda duda: «Villeneuve, escribía á Decres, el 4 de Setiembre, es un miserable á quien es necesario expulsar ignominiosamente. Sin combinación, sin valor, sin interés general, lo sacrificará todo con tal de salvar su piel.» Y como Decres intentara justificar á su amigo, recibió él mismo los chispazos de la cólera del amo: «Me dispense decirlo todo lo que pienso de la carta que me escribís...» «Hasta tanto que hayáis encontrado algo de plausible, os ruego que no me habléis de un negocio tan humillante y que no me recordéis á un hombre tan cobarde»—8 de Setiembre de 1805.—Y á estas injurias añadía amargas recriminaciones sobre todos los actos de Villeneuve sin tener en cuenta las circunstancias que los habían motivado.

Lo que sin embargo prueba que esa cólera era en parte fingida, y que en el fondo sabía á qué atenerse acerca del valor de esas acusaciones, es que á pesar de sus quejas, de las cuales, la menor era más que suficiente para llevar á Villeneuve delante de un Consejo de guerra, es, que le mantuvo en su

mando. El día 14 de Setiembre, le expidió la orden directa y formal de salir de Cádiz con la escuadra combinada, de tocar á Cartagena para reunir los navíos españoles que allí había, de marchar en seguida á Nápoles para ayudar el cuerpo de Saint-Cyr y hacer á los cruceros ingleses de Malta el mayor daño posible, y por último que se retirase á Tolón. A fin de prevenir en Villeneuve toda tentación de eludir sus órdenes, añadía esas significativas palabras: «Nuestra intención es, que en donde quiera que encontréis al enemigo con fuerzas inferiores le atacéis sin vacilación y procuréis una solución decisiva;» al otro día,—15 de Setiembre,—quería, no retirar, como se ha dicho, su mando á Villeneuve, sino hacer más imperativa su última orden, y por esto escribía á Decres: «que enviase un correo extraordinario á Villeneuve para prescribirle que hiciera la maniobra anunciada; y añadía, como su excesiva pusilanimidad le impediría emprenderla, enviaréis, para reemplazarle, al almirante Rosily, que será portador de los despachos que ordenarán á Villeneuve presentarse en Francia, para dar cuenta de su conducta.»

La misión de Rosily era, pues, de todo punto constitucional; no tenía otro carácter que el de una amenaza, en previsión del caso en que Villeneuve estuviese poco dispuesto á ejecutar las órdenes de Napoleon, no tenía, pues, otro objeto que forzarle á obedecer.

Decres no podía hacer más que transmitir dichas órdenes confirmándolas con sus propias prescripciones, y al mismo tiempo enviar á Rosily á España que es lo que hizo. De juzgar que debía negarse á ello no le quedaba otro camino que dar su dimisión de ministro de Marina. Pero la voluntad de Napoleon respecto de la escuadra de Cádiz era hasta tal punto firme, que el 2 de Noviembre, en medio de todas las ocupaciones que le daba la marcha de su ejército por el corazón de Alemania, encontraba todavía tiempo para acosar á Decres: «¡Que mis escuadras marchen! le escribía, ¡que nada les detenga! ¡yo no quiero que mi escuadra continúe en Cádiz!»

¡Y ya hacía más de quince días que esta escuadra no existía!

Villeneuve había sufrido demasiado de los reproches que se le habían dirigido para exponerse á ellos una vez más. Su convicción acerca del resultado de un encuentro con la armada inglesa no había cambiado, pero ahora tenía que ejecutar órdenes positivas, enérgicas, imposibles de eludir; por consiguiente no iba ya á ser sobre él sobre quien

FEDERICO GRAVINA

COSME DE CHURRUCA



CAYETANO VALDÉS

IGNACIO MARÍA DE ALAVA

DIONISIO ALCALÁ GALIANO